

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

*Día*

*del*

*perra*

COLIN MILTON

# Día del perro

Por Colin Milton

Colin Milton vive en el norte de Inglaterra y escribe ficción erótica basada en el tema de la dominación femenina, el infantilismo y el BDSM.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser

reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro modo sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

(Contacta al autor – [infantc@yahoo.com](mailto:infantc@yahoo.com))

Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, o Los hechos reales son pura coincidencia. Dedico respetuosamente este relato, con mi cariño y devoción, a la señorita Taylor, sin cuya inspiración y aliento esto simplemente no existiría.

## ***Capítulo uno***

Me desperté aturdida al darme la vuelta y rodar sobre mi compañero de sueño. Por suerte, Teddy no se despertó, así que le di un abrazo. Como siempre, logré quitarme la manta que mamá me pone encima cuando es hora de dormir . Aun así, seguía calentita con mi pijama.

Estiré los brazos y las piernas intentando despertarme y, al hacerlo, sentí el peso de mi pañal mojado presionándome; el volumen extra, causado por la orina, me separaba aún más las piernas. Ese volumen me da una sensación extra de seguridad ahora. Saber que todavía tengo el pañal puesto. Todavía estoy bajo el control total de mamá.

Empecé a retorcerme un poco, buscando una posición más cómoda para acostarme. Sentarme no es una opción para mí como recién nacida. Incluso darme la vuelta es una de mis habilidades más avanzadas. Si alguna vez me sentaba sin que mamá me apoyara, sé que me castigarían.

Al mirar hacia arriba, al móvil de cuna que se mecía suavemente sobre mi cabeza, vi que la puerta de la habitación infantil se abría lentamente. Al instante, una sonrisa se dibujó en mi rostro cuando mi preciosa mami se asomó por la puerta.

—¡Pío! ¡Pío! —Sonrió y entró en la habitación—. ¡Vi a mi bebé despertarse en el monitor! ¿Has dormido bien, cariño? —susurró.

Se acercó a la cuna y se agachó para alisar la manta. Me sonrió con cariño, agachándose para acariciarme las manos y, al mismo tiempo, comprobando que aún estuvieran bien sujetas por los gruesos guantes antiarañazos que me había puesto anoche a las 7:00 p. m. (mi hora de dormir).

Esto había sido nuevo para mí.

Las palmas de los mitones tenían una bola de tela firme cosida, lo que me impedía agarrar nada. En la muñeca, donde normalmente habría un elástico suave, había una correa de velcro que se cerraba con un pequeño candado.

## *Día del perro*

Mamá me dio unas palmaditas en las manos a través de los mitones, satisfecha de ver que no había tenido acceso a ellas durante la noche y que no había podido hacer nada por mí mismo, como ella había pretendido.

Mamá bajó la barandilla de la cuna y me puso en mi cambiador, tarareando para sí misma. Hacía muecas para alegrarme y me soplaba la barriga haciendo ruidos raros.

"¡Hoy vamos a cenar! Una amiga de mamá me ha invitado a comer, pero no al bebé", dijo mientras seguía cambiándome el pañal empapado. No entendí y mamá leyó mi desconcierto en la cara.

—¡No te preocupes! ¡ Sigues viniendo conmigo! Pero no como el bebé de mamá...

Tragué saliva con asombro. ¿Me permitirían ser adulta y acompañar a mamá como adulta en lugar de como bebé o niña pequeña? Bueno, claramente era una idea absurda.

## ***Capítulo dos***

Mamá empezó a prepararme poniéndome dos pañales y luego unos calzoncillos gruesos de goma, que hacían más ruido que los de plástico que solía usar. Era obvio, como sabía en el fondo, que siempre tendría que usar pañales. Mamá me lo había prometido. Siempre con pañales.

Abrió los mitones y los dejó a un lado. Me dijo: «Quédate ahí», y cogió un mono blanco de bebé que no había visto antes.

Mientras lo sostenía, antes de juntar la tela hasta el cuello, vi que este mono tenía una cola cosida en la espalda. De unos 45 cm de largo, colgaba por debajo del borde inferior del mono. Como la cola de un perro.

Mamá vio que me había dado cuenta y se rió. "¡Sí! Hoy eres mi cachorrito, ¿verdad? Como tu mamá y dueña, puedo elegir lo que quiero que seas, y hoy eres mi cachorrito, ¡pero sigues en pañales porque eres un bebé! ¿No te parece gracioso?"

Me retorcí con una mezcla de emoción y nerviosismo mientras ella se reía ante el pensamiento.

Mamá me puso rápidamente el mono, contando los broches mientras lo cerraba sobre mi trasero afelpado. Sonrió al admirar mi aspecto.

Un par de cosas más y nos vamos. ¡Al suelo, cachorrito!

Me subí al suelo y sentí la cola rozando la parte interna de mis muslos mientras me ponía a cuatro patas delante de ella. Enseguida me puse unos pantalones de chándal holgados y unos zapatos cómodos.

La miré con cariño mientras recogía mi collar de cachorro, con la placa plateada con forma de hueso. Tenía grabado mi nombre: "Bebé".

Se arrodilló frente a mí, inspeccionando el collar. No sabía si mirarla a ella o mirar el collar, cuyo significado conocía de sobra. Mamá acarició el cuero negro, dándole vueltas en la mano y haciendo que las hebillas y los cierres tintinearan: un detonante erótico para mí, como mamá sabía de sobra. Sonrió ante mi

incertidumbre sobre dónde mirar y rió disimuladamente para sí misma.

—Mírame, cariño —hizo una pausa—. Sabes lo que significa este collar, ¿verdad? Incliné la cabeza en señal de sumisión. Su mano me agarró la barbilla y me levantó la cabeza.

¡Te dije que me miraras! ¡Haz lo que te digo! Y me dio una bofetada. Hice una mueca y cerré los ojos un segundo. La miré una vez más; su desaprobación brillaba en sus ojos. Me odio cuando la desagrado.

—Dije... —Hablabla despacio, como si se dirigiera a una niña particularmente tonta—. Sabes lo que significa este collar, ¿verdad? Asentí.

Significa que me perteneces. Soy tu dueño. Por el resto de tu vida... soy... tu dueño. Eres mío y puedo hacer contigo lo que quiera. Eres un objeto para mi diversión y placer. Este collar es un símbolo visible de tu sumisión. Los demás lo verán y sabrán que me perteneces. Las damas preguntarán por tu nombre. ¡Cómo se reirán cuando vean "Bebé"!

Hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran en sus oídos.

"Es hora de ponerte el collar, nena."

Sabía que debía inclinar la cabeza hacia adelante mientras mamá me pasaba el collar ancho alrededor del cuello y lo abrochaba. Lo rodeó con los dedos, asegurándose de que no estuviera demasiado apretado.

Creo que también cerraremos eso. Con el clic seco del candado, mamá recogió mis guantes de cachorro. Hechos de cuero suave, tuve que apretar los puños para ponérmelos. Una vez más, los candados estaban puestos y ahora tenía patas, no manos.

Mamá dio un paso atrás y me miró. Su sonrisa se ensanchó al caminar a mi alrededor.

"¡De pie!" ordenó.

Sabía que la orden de "de pie" era ponerse a cuatro patas. Patas en el suelo.

## *Día del perro*

"¡Buen chico!", me elogió mamá al pasar junto a mí, alborotándome el pelo. "¡Buen perro!". Sus palabras de elogio me debilitaron, pero a la vez fortalecieron mi determinación de hacer todo lo posible por complacerla.

Metió la mano en una pequeña bolsa de plástico y regresó hacia mí. Me acercó la mano a la cara, sosteniendo algo entre los dedos. No sabía qué.

"¡Huélelo, cachorro!"

Inhalé varias veces, intentando imitar la curiosidad entusiasta de un cachorro.

Lo olí durante unos segundos antes de que mamá lo moviera hacia mi boca y aplicara presión, haciéndome abrir la boca para aceptarlo.

¡ Groodles ! ¡ Groodles de cachorro ! Aprenderás a apreciarlos y me los pedirás más adelante. ¿Quizás los mezcle con tus cenas de perro? Mamá se rió al pensarlo.

Empecé a masticar la galleta pequeña y dura. El sabor era bastante fuerte, pero me la había dado mamá, así que tenía que comérmela. Mamá me vio tragarme mi golosina.

—Mmm... ¡Parece que te gustan! ¡Genial! Le llevaré algunas a Judith.

¿De Judith? Esta fue la primera vez que supe quién sería la amiga de mamá para el almuerzo.

Me quedé en silencio, mis ojos siguiendo de cerca a mamá mientras ella bajaba mi correa del gancho.

"¡Ven aquí, cachorro!"

Corrí por el suelo hacia ella, me senté a sus pies y miré hacia arriba esperando la siguiente orden.

### ***Capítulo tres***

Se agachó y enganchó la correa a mi collar. La enrolló en su mano y dijo: "¡Ábrete!".

Abrí la boca y ella me puso los lazos. "¡Sujeta!" Cerré la boca suavemente alrededor de la correa de cuero mientras mamá se miraba el pelo en el espejo.

Me miró mientras yo estaba sentada obedientemente, intentando no babear sobre el cuero. Mamá me miró con cariño, arrugándose la nariz. Cada pequeña interacción reforzaba mi devoción y sumisión hacia ella.

Ella caminó hacia mí, se detuvo frente a mí y extendió ambas manos frente a mi cara.

"¡Vete!" dijo, acentuando la primera sílaba.

Abrí la boca al instante y le puse la correa en las manos. Ella la sacudió al máximo y tiró ligeramente, exigiendo toda mi atención.

Ahora bien, tendrás que caminar como un niño grande hasta el coche y también hasta la casa de Judith, pero eso será todo. El resto del tiempo te quedarás donde pertenecen los cachorros y los bebés: en el suelo. Quiero estar orgulloso de ti hoy y serás castigado si no lo estoy.

Ella sonrió, me acarició la mejilla y, abriendo la puerta, dijo alegremente: "¡Vamos, cariño! ¡A pasear!".



### ***Capítulo cuatro***

El fuerte tirón de la correa me animó a caminar detrás de ella hasta el coche. El porte y la actitud de mamá daban la impresión de que era lo más natural del mundo.

Si alguien comenta, diré que vamos a una fiesta de disfraces. Claramente, eres mi mascota y yo tu dueño. ¿Qué podría ser más natural?

Ella sonrió con satisfacción mientras presionaba el control remoto del llavero del auto para desbloquear la puerta.

El pensamiento cruzó por mi mente, pero aún así me sorprendí cuando mamá abrió la puerta trasera del auto, chasqueó el dedo y el pulgar y dio la orden: "¡Adentro!".

Me subí torpemente al espacio detrás de los asientos traseros, separado de la cabina por una malla protectora para perros.

Sentí una oleada de humillación. Miré a mamá suplicante, esperando que me dejara sentarme en el coche como es debido. Ella supo al instante lo que intentaba transmitir, pero no quiso saber nada.

"¡Acostarse!"

Ella demostró su autoridad palmeando suavemente el suelo del coche. Me moví arrastrando los pies, encontrando rápidamente una posición cómoda.

"¡Buen cachorro!" me elogió y me dio unas palmaditas en el trasero, cubierto de una gruesa capa.

Dejó caer mi correa al suelo y, justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta de la escotilla, metió la mano en una bolsa y sacó un puñado de golosinas para perros de color marrón oscuro - 'Groodles' - y las dejó caer sin contemplaciones sobre la alfombra de goma sobre la que yo yacía.

—Puedes comértelos durante el viaje. Todos —dijo con tono significativo mientras cerraba de golpe la puerta trasera, sonreía y se daba la vuelta. Tamborileaba con los dedos en la ventanilla, sabiendo que seguiría cada movimiento y sonido.

## *Día del perro*

Me agaché, queriendo pasar desapercibido durante el viaje. Empecé a contar las pequeñas golosinas marrones mientras el coche se alejaba. Había unas dos docenas esparcidas delante de mí. Me di cuenta de que mis manos, dentro de las manoplas, me serían inútiles si esperaba recogerlas antes de comérmelas. Solo pude inclinarme hacia delante, apoyar la boca en la alfombrilla de goma, recoger cada una, llevarlas al fondo y morder con fuerza la galleta crujiente y de sabor intenso.

Estaban muy secos y desmenuzables, y de vez en cuando se me caían migajas de la boca, que luego lamía del suelo. Sabía que a mamá no le haría gracia encontrar migajas en la parte trasera de su coche.

El viaje fue relativamente corto, quizás unos veinte minutos, y me sentí aliviado de haberme comido todas las golosinas para perros antes de llegar. Esperaba que mamá estuviera contenta conmigo. Manteniendo el cuerpo agachado en el coche, oí y sentí que la puerta de mamá se cerraba y la vi aparecer.

Una sensación de emoción y placer me recorrió el cuerpo. Comprendí el deleite que siente un perro cuando su ama regresa a la vista. Me sonrió a través de la ventana trasera, golpeándola suavemente con las uñas. Mi instinto me llevó a lamer su mano, pero el cristal me lo impidió.

Un fuerte clic y la trampilla se levantó ligeramente.

Estaba deseando salir y estar con mamá, pero ella mantenía la trampilla casi cerrada. La miré suplicante, deseando que la abriera del todo. La orden "¡Quieto!" fue suficiente. Me tranquilicé y me quedé inmóvil. Satisfecho de no salir antes de que ella estuviera lista, la puerta se levantó lentamente. La orden "¡Quieto...! ¡Quieto...!" se repitió suavemente mientras se inclinaba hacia mí y recogía mi correa en la mano.

Mamá miró a su alrededor y tiró de la correa con fuerza. "¡Sal!", dijo emocionada.

Salí y me quedé a su lado mientras el coche estaba cerrado. La correa del perro colgaba visiblemente de mi collar.

## *Día del perro*

No hubo palabras mientras me conducía a la puerta de la elegante casa. Yo era su mascota. Al acercarnos, la puerta se abrió de golpe y vi a Lady Judith por primera vez. Conscientemente, no la miré fijamente, pues eso habría parecido descortés, pero pude ver que era una joven muy atractiva que le sonreía a mamá para darle la bienvenida.

Mamá y Judith se saludaron calurosamente.

Judith me miró de arriba abajo, con una mezcla de diversión y desdén, y empezó a guiar a mamá a la sala. La puerta se cerró tras nosotros y mamá se giró hacia mí. Mirándome fijamente a los ojos, desabrochó la correa de mi collar y la dejó al pie de la escalera. Judith observaba, fascinada por el control absoluto que mamá demostraba.

—¡Acuéstate! —me pidió. Me quedé tumbado, con las patas extendidas—. ¡Date la vuelta! —Hice lo que me pidió.

Su sonrisa fue mi recompensa. Mientras me quitaba los zapatos y los pantalones, dijo: «Está muy bien entrenado. Se sienta a mis pies toda la noche y no se mueve a menos que yo le dé permiso».

Judith sonrió radiante y luego comenzó a reír mientras mamá me quitaba los pantalones que había estado usando.

¡Dios mío! ¡Tiene colita de cachorrito! ¡Qué monada!

Me sonrojé de vergüenza. Mamá se unió a la risa.

"Y eso no es todo", dijo mientras se levantaba. Metió la mano en su bolso y, volviéndose hacia mí, exclamó: "¡Ponte de pie!". Inmediatamente me puse en mi postura de cachorro a cuatro patas.

De su bolso, mamá sacó una diadema (creo que se llama "banda Alice"), de esas que suelen usar las niñas. Llevaba dos piezas de tela con lunares dálmatas en forma de orejas de perro. Suspiré, sintiéndome aún más humillada mientras mamá le daba una palmadita en el muslo.

—¡Ven aquí, cachorrito! ¡Cachorrito, ven ! —Me acerqué a mi ama, mirándola.

Sonriéndome, levantó la mano derecha, la orden silenciosa de "¡Siéntate!". Obedientemente, me senté y permanecí quieto

mientras me colocaba la diadema, acomodándome las orejas a su gusto.

¡Listo! ¡Te ves adorable! Aunque me daba vergüenza, me alegraba haber complacido a mamá. Miré a Judith y la vi sonreír ante mi obediencia.

“¿Una copa de vino?”, le preguntó Judith a mamá.

¡Sí, por favor! Me encantaría. ¿Tienes un cuenco para echarle agua al perro?

Judith respondió: «Eh, sí. Creo que sí». Y abrió la puerta de uno de los armarios. Tras rebuscar rápidamente, encontró un cuenco plateado. «¿Le servirá?».

—Eso estará bien —dijo mamá mientras tomaba el cuenco de Lady Judith y lo llenaba con agua fría.

Mamá se volvió hacia mí con esa sonrisa burlona que adoro y vino hacia mí con el plato.

—Aquí estás, cachorrito. Un trago para ti.

Entonces lo colocó en el suelo a mi lado, dio un paso atrás y cruzó los brazos.

¡Bebe! Muéstranos cómo un cachorro bebe el agua de su tazón.

Bajé la cabeza hacia la superficie del agua y comencé a lamerla. La etiqueta con el nombre golpeó el borde del recipiente metálico al mover la cabeza intentando beber.

—Quiero que se acabe todo, cariño. Hasta la última gota. — Me puse manos a la obra mientras las mujeres volvían a la sala con sus bebidas.

## ***Capítulo cinco***

El repetido sonido de la etiqueta de mi collar contra el plato sirvió para que mamá y Lady Judith supieran que yo continuaba haciendo lo que me habían ordenado.

"Hasta la última gota", fueron las últimas palabras de mamá, y la tarea de vaciar el plato se hizo cada vez más difícil a medida que bajaba el nivel del agua. Incliné la cabeza para que mi lengua pudiera alcanzar las últimas gotas.

Involuntariamente, comencé a empujar el plato por el suelo intentando beber toda el agua. Finalmente, logré levantar la cabeza para asegurarme de haber hecho lo que me habían indicado. Gotas de agua me caían de la boca y la barbilla al detenerme para recuperar el aliento.

"No oigo al cachorro beber, ¿y tú?" escuché a mamá preguntarle a Lady Judith, quien comenzó a reír.

—No, creo que ya debe haber terminado su cuenco de agua —respondió ella.

¿Bebé? ¡Ven! Me arrastré hasta la sala, mirando dónde estaba sentada mi Ama. En cuanto vio mi cara mojada, se echó a reír.

¡Mírate! ¡Ven aquí! —dijo, señalando el suelo a sus pies. Corrí hacia ella y me senté obedientemente a su lado, buscando en su rostro mi siguiente orden. Me acarició la cabeza con suavidad, diciéndome que era un buen perro. Pero pronto cesaron los elogios y me ordenó: «¡Acuéstate!». Me acurruqué a sus pies, esperando en silencio, deseoso de obedecer el siguiente capricho de mamá.

Las escuché mientras charlaban, mirando a mi alrededor, excluida de cualquier conversación y, de hecho, de cualquier reconocimiento por parte de las damas de mi presencia. Finalmente, Lady Judith se levantó e invitó a mamá al comedor donde se serviría la comida.

"¡Tacón!" dijo mamá mientras se ponía de pie.

Ella se detuvo un momento y me miró.

## *Día del perro*

Me coloqué a su izquierda, mirándola fijamente, esperando expectante. Con una palmadita apenas perceptible en su muslo, le había dado la orden de caminar. Mantuve mi rostro pegado a su pierna mientras entraba al comedor.

—Lo pondré debajo de la mesa si te parece bien, ¿Judith?

“Sí, está bien”, respondió ella medio riendo.

Un chasquido de dedos hacia la mesa fue suficiente. Me arrastré debajo, con los bordes inferiores del mantel rozándome el cuerpo al acomodarme.

De repente, mi visión del mundo cambió. Solo podía ver las piernas y la parte inferior de la habitación.

“Acuéstate”, llegó la orden habitual. Me tumbé frente a la silla de mi señora, esperando a que se sentara para comer. En un par de minutos, ambas damas estaban sentadas. Mamá estaba justo frente a mí y Lady Judith a mi izquierda.

“¿Tiene hambre el cachorro?” preguntó Lady Judith.

—Oh, le daré las sobras de mi plato cuando terminemos. Puede tomar esto mientras comemos.

Me agucé el oído al oír sus palabras y vi que volvía a meter la mano en el bolso. Sacó una galleta para perro con forma de hueso, y la vi desaparecer de mi vista mientras se la mostraba a Lady Judith. Oí sus risas burlonas al pensar que me estaba comiendo esa golosina mientras ellos comían la cena de aroma succulento que Lady Judith había preparado.

—¡Aquí, muchacho! —dijo mamá. Me arrastré hasta su lado—. ¿Qué es esto entonces? ¿Es para ti?

Pude ver a Lady Judith sonriéndome, burlándose de mí con dulzura mientras esperaba mi galleta. En ese momento la ansiaba. Ansiaba la atención de mi dueña.

—Mira esto —le dijo mamá a Lady Judith. Se giró hacia mí, sosteniendo la galleta por encima de mi cabeza—. ¡Suplica!

Al instante me incorporé con las patas bajo la barbilla, moviendo una mano con suavidad, implorando a mamá que me la diera. Ambas mujeres rieron a carcajadas ante mi humillación y mi aceptación voluntaria.

## *Día del perro*

¡Dame una pata! ¡Dale una pata a mamá! Le tendí mi pata derecha, la tomó y la sostuvo suavemente un par de segundos antes de soltarla.

—¡Ay! —dijo Lady Judith—. ¡Bendito sea! ¡Qué buen chico es! —y volvió a reír.

“¡Otra pata!” Repetí mi gesto de súplica hasta que Mamá estaba satisfecha.

—Está bien. Está bien. ¡Agáchate! —Señaló el suelo como instrucción adicional.

Volví a mi posición sentada. “¡Abre!” Abrí la boca y me pusieron la galleta entre los dientes.

“Vuelve debajo de la mesa”, ordenó y me arrastré de nuevo a mi lugar y comencé a comer la galleta mientras las damas comenzaban su comida.

La galleta con forma de hueso estaba dura y me costó mucho romperla. Al romperse, cayeron migas, y de mi boca, al suelo. Vi con atención dónde caían, pues dejar migas en el suelo de Lady Judith claramente no habría sido aceptable. Finalmente, terminé la galleta y lamí las migas. Sin embargo, seguí revolviendo el suelo en busca de migas, por si acaso.

Mientras yacía y escuchaba en silencio, las damas bromeaban y reían sobre intereses e ideas comunes. Observé, absorta, cómo mamá se quitaba los zapatos y, una vez hecho esto, acercaba sus pies descalzos a mi cara y de ahí a mi boca. Sabía lo que tenía que hacer y abrí los brazos para recibir sus hermosos dedos en mi boca. Chupé y lamí sus pies. Mi lengua recorrió la planta de cada pie, uno por uno, limpiando y venerando a la vez. El sabor de los pies de mamá me excitó una vez más hasta que los apartó y me apartó suavemente con el talón. Sentí presión en el lado izquierdo cuando los pies de Lady Judith entraron en contacto conmigo. Cambié de postura para asegurarme de que pudiera sentarse cómodamente.

Mamá me miró bajo el mantel... preguntándose por qué me había movido. Lady Judith dijo: «Creo que le di una patada al mover

los pies». Me sentí aliviada de que mamá supiera el motivo de mi movimiento, para el cual no había tenido su permiso.

—Oh, está bien. Solo ponle los pies encima. Ya se quedará quieto.

Reanudé mi posición anterior y sentí que Lady Judith colocaba sus pies sobre mi trasero afelpado.

" ¡ Qué suavcito!", rió y siguió comiendo. Al mismo tiempo, mamá me puso el pie en la nuca, presionando ligeramente, obligándome a pegar la cara al suelo.

Con el lado derecho de mi cara pegado al suelo, mamá puso ambos pies sobre mi cara, obligándome a mantener la posición. Sabía que moverme hacía unos momentos le había disgustado y esta era su forma de comunicarlo. También sabía que recibiría un nuevo castigo por mi travesura una vez que nos fuéramos.

Al cabo de un rato, oí a las señoras terminar de comer y beber. Oí el raspado de los platos y recordé las palabras de mamá. Suspiré para mis adentros ante lo que sospechaba era inminente e, indiscutiblemente, apropiado. Mis ojos buscaban pistas sobre lo que mamá estaba a punto de hacer. Ambas señoras se levantaron de la mesa y yo levanté la cabeza del suelo.

¿Bebé? ¡Ven! Salí de debajo de la mesa y vi a mamá sosteniendo el cuenco donde antes había estado mi agua.

"¡Aquí tienes!" Colocó el cuenco en el suelo y

Lo miré con cierta inquietud. Contenía, como sospechaba, los restos de los platos. Papas, salsa, restos de carne, guisantes y zanahorias, todo bien mezclado . No necesitaba que me lo dijeran. Lo que tenía que hacer era obvio.

Mamá y Lady Judith se alzaban sobre mí, esperando expectantes.

¡Aquí tienes , cariño! ¡Tienes tu cena en tu plato! ¡Cómetela!

Una vez más, sentí su pie en la nuca; la presión aumentaba suave pero firmemente, empujando mi cara hacia la comida. Obedientemente, la hundí en la comida hecha puré. Oí a mamá reírse entre dientes mientras se inclinaba para acariciarme la espalda.



### *Día del perro*

¡Buen cachorrito! ¡Buen perro! ¡ Que se vaya todo por mamá!

Ella se puso de pie una vez más, satisfecha de que yo estuviera comiendo los restos de sus platos.

Ambas damas se giraron y caminaron hacia la sala de estar mientras mi etiqueta con mi nombre comenzaba una vez más a anunciar mi total aceptación y devoción a mi maravillosa Mamá, Ama y dueña.

***Si te gustó este libro, consulta el catálogo completo en  
[www.abdiscovery.com.au](http://www.abdiscovery.com.au)***